

---

---

IX

Pasaron tres días, y en la casa y en la fábrica de Fiorelli volvieron las cosas á su quicio, al menos en apariencia. Salvo la cancamurria de misia Gorgonia por los rincones, no se oyó ningún otro comentario del suceso, y hasta dijérase que D. Paolo dió por bien perdido su dinero, auxiliar eficaz de la fuga de ambos pajarracos, porque la visera se levantó unas líneas sobre su frente pensativa, signo de buen tiempo.

Tienen las malas noticias alas, y pies de plomo las buenas. No habían pasado los tres días, cuando Concepción, la tiple, presentóse en la casa, tan perfectamente enterada de la ocurrencia, con todos sus pelos y

señales, como si recibiera el parte por telégrafo.

Cumplidora fiel de las órdenes superiores (que en ello la iba un coscorrón), se resistía la china Enriqueta á franquearla la cancela; pero, fuera la insistencia de ella ó que la cegó el relampagueo del solitario, influyendo también el mismo atractivo supersticioso de la gente de teatro, la dejó entrar triunfante, que ya se le alcanzaba no venía de pedigüña ó á armar bronca con tales arreos. ¡Y de qué manera se alegraron de verla misia Gorgonia y Teclal! Con qué cariñosos achuchones la agradecieron el recuerdo de su visita en aquel trance amarguísimo! ¡Con qué afán de madre palpó misia Gorgonia la seda de su vestido y se extasió ante el magnífico broche!

—¡Ay, qué desdicha, Concepción! ¡Qué pillos! ¡El, él, que es el que me la ha perdido! No quiero ni nombrarlos, ni acordarme de ellos... Dime, hijita, ¿es fino?

Y qué respingo el de Concepción para

contestar que sí. ¡Vaya! De lo más fino y legítimo que el doctor Incógnito encontró en las joyerías. ¿Y el traje? De la misma madame Félix, de la calle de la Florida. ¿Y el sombrero? De ciento cincuenta nacionales. Se esponjaba para que la admiraran, hinchada de satisfacción de poder así aplastarlas con su riqueza presente; abanicándose con la presteza de un ventilador, intercalaba sentencias de mujer experimentada y previsora.

—Ya lo decía yo... La ocasión hace al ladrón... Tenía que suceder... Ustedes estaban ciegas.

La señora de Ulrria, encandilada, la miraba con ternura, entre un suspiro y dos ayes. ¡Qué mona! ¡Qué graciosa! De todas sus hijas, era la más graciosa, la de mejor corazón, la que mayor afecto mostraba por su madre. Y no estaba tan gorda como la última vez... ¿Por qué escaseaba tanto sus visitas, que apenas se la veía de Pascuas á Ramos?

—Vén con más frecuencia, hija—dijo

ahogándose en suspiros,—ya nos arreglaremos con Fiorelli para que no ponga mala cara. Ahora, después de... eso, de lo pasado, no debe oponerse, él, que tan noblemente acaba de conducirse, renunciando á la denuncia, á la persecución.

Escurríanse sobre el tema vidrioso como quien pasa un barrizal, cuidadosamente. Tecla, algo distraída, dijo que ya sabían lo del piso del doctor Incógnito, con todos los etcéteras de lujo correspondientes. Y redobló Concepción su abaniquero para contestar que eso era ya historia antigua; la novedad del día, el notición estupendo que las traía, bien calentito, recién salido del horno, como el *Hugo* más sabroso ó la más exquisita *Ultra*, era el de su casamiento.

¡Atiza! Casarse, ¿y con quién? Si el doctor Titito Incógnito estaba casado! ¡Bah! ¿Quién se acordaba ya de Titito? Una segunda intervención, más violenta y decisiva que la primera, de la impertinente de su mujer, provocó una segunda ruptura, más decisiva y violenta que la primera

también, coincidiendo este hecho, que nuevamente la exponía á la estrechez y á la miseria, con la muerte, ¡muerte providencial! de García Mayor. Muerto García Mayor, y enterrado, García Chico se había apresurado á ofrecerla su mano, en virtud de cierto chistoso contrato que tenían acordado, y á fin de año se celebraría la boda por la Iglesia y como Dios manda.

¿No conocían á entrambos Garcías? Dos amigos suyos, apasionados, riquísimos. El chico era el más rico; poseía dos *estancias* y seis casas; solterón, sin familia, con sesenta y cinco años... Una ganga, en suma.

Misia Gorgonia hizo varios pucheros y soltó el trapo á llorar. ¡Bendito sea Dios, que así consolaba su corazón de madre, con tanta crueldad herido! ¡Hay un Dios, sí, hay un Dios para los desgraciados!

Largamente hablaron sobre García Chico y sus generosos proyectos, como el de retirarla del teatro, celoso de que cantara la *Flor del seibo* para los demás; cerca del balcón abierto, en aquel cálido y perfuma-

do anochecer de Diciembre bordaron los detalles del próximo acontecimiento, que sería en toda regla, hasta con viaje de novios. A Concepción la preocupaba el traje que llevaría en la ceremonia. ¿Blanco? ¿Negro? Tecla opinaba que debía ser negro, pero misia Gorgonia, olvidada ya de su hipar lastimoso, fué de parecer que debía ser blanco, con tul y azahares, porque una novia de luto resulta triste, y una novia sin azahares, no tratándose de viuda, da lugar á que la malicia se despache á su gusto. Ella misma iría á prenderla el velo... Con esto se la despertó el apetito (¡tres días llevaba sin probar bocado!), y aunque hacía poco se levantara de la mesa, mandó que trajeran mate y las consabidas pastas.

Cuando se marchó Concepción, entre abrazos y besos cariñosos, recibió Enriqueta la orden de no ponerla impedimento ninguno todas las veces que viniera; al contrario, que la hiciera pasar, muy comedida, estuvieran en casa ó no estuvieran. ¡No faltaría más! ¡La futura señora de García

Chico! ¡Tendría que ver que la picarona de la china la infligiera una *guarangada!*...

De esta visita de Concepción, bálsamo para la atribulada misia Gorgonia, no se enteró D. Paolo. Las costumbres matemáticas de D. Paolo permitían asegurar cuándo estaba arriba y á qué hora abajo; entre ocho y once de la noche estaba abajo; al sonar las ocho el reloj del patio, sus pasos graves acompañaban el toque por el corredor y la escalera, y se perdían fuera con la última campanada; al dar las once, el rumor de sus pasos se percibía con la primera campanada por la escalera, se acentuaba en el corredor y finalizaba ante su despacho. Si se contaran, quizá el número de sus pasos sería el mismo á las ocho, al bajar, que á las once, al subir, y todas las veces que bajaba y subía; exactitud mecánica tan conocida, que en la casa sabían la hora por el pasar de D. Paolo, como auguraban del tiempo por la visera.

Pues bien: Concepción fué á las ocho y cuarto, y se marchó á las nueve y media;

claro es que mal pudo verla D. Paolo. Pero, en un tris estuvo que la viera, porque aquella noche, 4 de Diciembre, fecha fatal en los anales de la fideería de Fiorelli, se descompuso el reloj (¡qué máquina no se descompone alguna vez!), y no el del patio, sino el viviente, el propio D. Paolo, que en lugar de subir á las once, según marcaba el horario de sus costumbres, subió á las diez menos cuarto...

Como bajar, bajó á las ocho en punto, señal de que marchaba bien la maquinaria, con pasos medidos y sonoros; salió á la calle, entró en el portalón de la fábrica, abrió el escritorio y dió luz, alegrándose los muros con el colorear de los carteles industriales: Tecla le sonrió, prisionera en su círculo de rosas, y el nombre de Hugo, entre dos grecas rojas y verdes, se destacó en el desgarnamiento de sus cuatro letras negras, contrahechas, espatarradas; la *Exquisita*, una chula de mantón, sobre la ventana, le hizo muecas, y el gaucho de la *Ultra* le amenazó con su facón de acero.

En la mesa central de patas largas, los libros, cerrados, el de D. Benigno y el de Hugo, esperaban esta visita del patrón, que cada noche los recorría á solas, en aquellas horas dedicadas exclusivamente á la requisa, á la vigilancia del trabajo diario, lo mismo en el escritorio que en los talleres, en el secadero ó en los hornos, á comprobar cifras, á espulgar detalles; operaciones muy entretenidas todas, que terminaban á las diez y media, más bien minutos más que menos. Entre diez y media y once, el patrón departía con el viejo Francesco, quien, con su hija Carmelita, dormía en la fábrica, y con el obrero de guardia, Stella, Matías ó Pelitos, según los grados de la visera; que si ésta había descendido, no hablaba con nadie en esta media hora, y la empleaba toda entera en sus cavilaciones. Cogió el libro de Hugo D. Paolo y lo abrió por la página correspondiente al día, la última escrita con aquella malísima letra que no había manera de reformar; era un desquiciamiento

de las líneas, una inseguridad en los perfiles... Además, borrones, raspaduras, errores de sumas garrafales, de parvulillo. No, no, como escribiente, como empleado, el muchacho no servía para nada; todo lo hacía mal, todo lo estropeaba; antes estorbo para la buena marcha de la labor ofi-nesca, que ayuda eficiente; ¡diablo de *bambino* inútil!

En el escritorio silencioso resonó el terno de enfado, aquel *sacramento* del patrón, de apretado silabeo, que ponía en fuga tanto á Francesco, el viejo, como á la última embaladorcilla. Es decir, que, en resumidas cuentas, sería mejor quitarle el libro, arrojarlo del escritorio y destituirlo ignominiosamente, no pensar más en aquel sueño generoso: Fiorelli, el menor, sucesor suyo, al frente de la fábrica en plena prosperidad, inventando fórmulas nuevas, poseedor y explotador habilísimo del secreto profesional de la familia; la fábrica, hoy, mañana, caería en manos de Francesco ó de cualquier otro menos digno, y de su

frontis arrancado sería el apellido orgullosamente inscrito sobre el ladrillo rojo, que él creyó plantar allí á perpetuidad.

Para que viniera luego el Sr. Landín con sus excusas oficiosas. ¿Qué diría de aquella letra, de aquel trasponer de columnas y enredar de guarismos? Un libro comercial no es un verbo que se recita de curretilla... ¡Buenos estarían también sus verbos! Pero ¿qué verbos, ni qué libros eran posibles con la vida que llevaba, de desorden, de escándalo, sin duda, peor que en los primeros tiempos de su intimidad con el granuja de Marquitos? ¡Si no paraba en casa! Si apenas se le veía, de soslayo, siempre huyendo el bulto, desviando la mirada, evitando la conversación, como criminal que esconde un delito ó traidor que lo maquina. En la cara, en su aire, en su conducta, algo había de anormal. ¡Verbos! ¡Libros! Sí, sí. ¡Qué dolor de *bambino*! ¡Y pensar que él, él mismo, lo trajo y lo metió en la cloaca de arriba!

Cerró el libro D. Paolo con desesperado

ademán, soltando un nuevo sacramento! que hizo sonreír á Tecla, á la chula y al gaucho. Y de súbito, como puñalada de pícaro, sintió en la vesícula biliar el punzar doloroso, precursor del ataque al hígado, como el de marras: se llevó las manos al estómago, muy pálido. ¿Otra vez? Él, el coloso vencido por la enfermedad, preso en la cama quince días, un mes, sabe Dios cuántos días, cuántos meses! Porque la reproducción del ataque significaba que la maldita víscera andaba como la mona. El médico le había dicho:

—En cuanto sienta usted la punzadita, toma una píldora de éstas, de media en media hora.

Las píldoras estaban arriba; quizá no estaban en ninguna parte, tiradas al vertedero, en la satisfacción de la mejoría. ¿No sería también un preludio sin consecuencia, como otros, pasajeros? No, el dolor apretaba, se agudizaba, hincando la puntita de alfiler en las entrañas. Tembloroso, don Paolo, se arrastró hasta el sillón y se echó

en él, de bruces sobre la mesa. No llamaría, no subiría por las píldoras sino en el último trance.

Retorciéndose, una punzada más atroz le hirió á mansalva: aquella idea del primer ataque, idea espantosa, sospecha indigna, esto, esto... ¿No le darían las de arriba algún bebedizo infernal?...

La frialdad de Tecla, aquella negativa suya, extraña, á aceptar lo que precisamente era remache del clavo de su unión recíproca, último cartucho de su honor que él vergonzosamente la ofreciera y que ella no quiso... ¿Por qué no lo quiso? ¿Por qué no aceptó legalizar la situación, si legalizar la situación era perpetuar el disfrute de la fortuna? ¿No le darían algo?... ¿Por qué, para qué?

El dolor, fuera de filtro nocivo ó de enfermizo achaque, no daba tregua, en momento tal, á psicologías y disputas mentales, más hondo cada vez; no era ya alfiler, era garra feroz. Sudaba D. Paolo, se retorció... Nada, que había que subir por las

píldoras, entregarse en manos de las mujeres para que lo mataran impunemente, si tenían dispuesto matarlo.

Y se levantó con tambaleos de borracho, salió al patio, al zaguán, á la calle, pegándose á las paredes, encorvado, mascando el dolor, como el espartano que escondía el zorro bajo el manto y se dejaba lacerar el vientre. Pudo llamar á Francesco ó al obreiro de guardia, y no quiso, por no alborotar como la otra vez; arriba tomaría su pildorita y se tumbaría en la cama. Pegado á las paredes, pegado á la verja, llegó al portal, y casi á gatas subió la escalera, con trasudores mortales; la de Jacob, si hay que subirla para ir al cielo, no costará tanto cual á D. Paolo costó trasponer la suya; arriba ¡al fin! abrió la cancela con su llavín, y fué otro triunfo de su voluntad, en lucha con el dolor, encontrar el llavín en el bolsillo y el agujero en la cerradura... Siguió arrastrándose por el corredor sin ruido, sin que aquellos pasos sonoros, tan conocidos en la casa, le acompañaran, y se escurrió

en su despacho; encima de la mesa, entre los papeles perdidos, estaba la cajita de cartón, milagrosa panacea, hacia la que alargó la mano ansiosamente. Puso toda su alma en el absorber y el deglutir del microscópico grano negruzco, y esperó, abandonado en un sillón, el efecto saludable.

Si á la media hora no se producía, tragaría otro más, y otro, hasta tres, de media en media hora. Solo, en el recogimiento del silencio, esperaba, espiaba... Y le pareció que, poco á poco, la revolución interior empezaba á calmarse, que el calor volvía á las extremidades y el dolor se apaciguaba lentamente.

¿No sería mejor acostarse, y en el reposo del lecho afirmar la mejoría iniciada? Probó á levantarse, y lo hizo ya con algún desembarazo; cogió entonces la cajita benéfica, y armado de ella como de un exorcismo contra el mal, pasó á la alcoba, y todo fué entrar en la alcoba y quedarse parado, clavado de sorpresa.

Hay que decir que con la alcoba de don Paolo comunicaba la de Tecla, y que en aquel terrible instante, aun cerrada la puerta de Tecla, se oía hablar quedo á Tecla y á otra persona, que no era misia Gorgonia, ni Marieta, ni Enriqueta, porque gastaba voz de hombre, voz dulce, sin embargo, voz conocida, á la que el dialecto patrio había prestado dejos de caricia melódica, tan conocida de D. Paolo, que no le quedó duda que quien estaba en el cuarto de Tecla, y con ella mantenía secreto parloteo, era el *fratello*, el *bambino*, Hugo.

¡Hugo en la alcoba de Tecla á aquella hora! ¡Hugo hablando con Tecla en el misterio de la noche y de su alcoba! Con el impulso de toda su corpulencia, se arrojó D. Paolo contra la puerta, y abrió de golpe las batientes...

En el sofá, tan cerca uno de otro, que uno en el otro se fundían, estaban Tecla y Hugo, fundidas las manos, fundidas las bocas, fundidas las almas pecadoras. No se veía á sus pies el libro que á la clásica pa-

reja dantesca sirvió de galeoto y de excusa, y cuya lectura suspendieron para cambiar amorosamente el *baccio tremante*, que repercute en los siglos; los dos en el sofá, en el abandono de la pasión y del peligro.

Al golpetazo violento y la aparición repentina, ambos culpables, con la cobardía del instinto, se separaron para huir, Tecla cubierta la cara con las manos, Hugo volviendo la suya enrojecida por el baldón de su infamia; pero, la puerta opuesta estaba cerrada, cerrada por ellos mismos en garantía de la impunidad, y quedaron contra ella expuestos á la vergüenza, humillados, temblorosos, mudos. En medio de la habitación, la colosal figura de D. Paolo parecía tocar el techo.

—¡Paolo!—suplicó Tecla.

—¡Mátame, *fratello*!—exclamó Hugo.

D. Paolo no llevaba armas; no tenía otras armas que sus manos, enormes y velludas. Podía con ellas estrangularlos, en un solo apretón supremo y justiciero. Las alzó, rabiosas de castigar, de vengarse... y

las dejó caer, respirando con fuerza, como el toro herido de muerte. No dijo nada. A reculones salió de la alcoba, lentamente, con lentitud hipnótica.

—¡Paolo!—sollozó Tecla.

—¡Mátame, mátame, *fratello!*—repitió Hugo.

D. Paolo cerró la puerta y echó la llave. Por un instante permaneció en el despacho, junto á la mesa, como atolondrado ó indeciso, mirando la cajita de píldoras que en la mano conservaba aún, inútil panacea, que si había aliviado su mal físico, de aquel moral, irremediable, que con mayor ímpetu y alevosía le había atacado, no le curaría nunca. Sentóse, abatido; dió unos pasos luego, perplejo. Un instante, nada más, se mantuvo así; porque en seguida, con brusca resolución, descompuesta la cara, extraviados los ojos, tiró del cajón de la mesa, tantas veces violado, y sacó de él cuanto papel y billete encerraba, muchos papeles, muchos billetes; escogió los billetes y los guardó en su cartera; rompió

los papeles, escribió dos sobres, que no dos cartas, pues dentro de los sobres nada puso, y los cerró vacíos, todo con prisa, como el que dispone un viaje, un largo viaje. Luego llamó á Enriqueta, con dos toques de timbre enérgicos. Vino la china, adormilada, y la mandó que llevara aquella carta á Belgrano... Salió la china, y con un toque de timbre más enérgico llamó á Marieta, á quien entregó la otra carta para Flores... Inmediatamente, con toda urgencia.

Esperó que saliera, olvidado ya de su mal hepático, ó porque el granulillo dominó el acceso, ó porque la impresión horrible de lo descubierto, como mal mayor, suprimió al otro. Pasó primero Enriqueta, luego Marieta, por el corredor, cada una á cumplir su comisión lejana, asustadas, sin duda, de la cara del amo; y cuando escuchó el último portazo de la cancela, salió, á su vez, y cerró con llave la puerta del despacho, y con llave también la cancela, y con llave la de abajo, la de la calle, tumba de vivos, que tapiara implacable, rato-

nera humana preparada para la expiación.

Abajo, en el escritorio de la fábrica, la luz ardía aún, y hacía sonreír á Tecla en su marco de rosas y resaltar el negro y caprichoso letrero de Hugo; los dos sobre la pared como en la picota de su villanía, unidos en la complicidad del espantoso engaño del protector y del padre, há poco soberanos, en el contar de un minuto caídos y despreciados. Era la misma de toda la vida la sonrisa de Tecla, Tecla la pálida, la fría, la corruptora, mecánico estiramiento de los labios delgadísimos. ¿Cómo no lo descubrió antes? ¿Cómo no lo sospechó? Y el taimado del hermanito, el de los borrones y raspaduras, el ahijado del tío Girólamo, el corrompido, el ingrato, el traidor... Levantó de nuevo sus puños el mísero engañado, descargando sobre el propio pecho tremendo golpe. ¡Él, él solo, el culpable, el ciego, el imbécil!

Con resolución igual, tan violenta, se dirigió á la caja de hierro, puso en juego los

resortes y sacó cuanto documento y billete encerraba, rompiendo unos, distribuyendo otros en sobres pequeños, que guardó en un sobre más grande; luego escribió cortos renglones, con igual prisa que arriba. Terrible era el aspecto de D. Paolo: apoplético, sudando, resoplando, se esforzaba en aquellos preparativos extraños, cual si el tiempo pudiera ser obstáculo á su plan de venganza; plan concebido á la luz del relámpago que había iluminado la situación, de destruir su obra, la fábrica, de destruir la familia funesta, de destruirlo todo y de destruirse él mismo. Sansón justiciero. Figurábase á los culpables, cogidos en la trampa de arriba, aterrados, sin osar gritar, sin poder salir, sin lograr separarse, porque gritar era descubrirse, delatarse, y salir y separarse, era tener francas las puertas; juntos en el mismo calabozo, en la misma sepultura... Figurábase también á la Urría vieja, la celestina tragona y odiosa, cómplice quizá de la hija en la traición que tantas cosas explicaba, autorizando su sospecha horri-

ble del bebedizo, figurábase la correr, vociferar, revolverse frenética, cual fiera enloquecida... Y figurábase su obra, su fábrica, deshecha, pulverizada, pesando sobre su cadáver como lápida piadosa.

La fatalidad lo quería así. Otros habían destruído su vida; él destruía su obra y destruía á los otros, explosión de añejos rencores y actuales agravios, cristalización probable de una idea alimentada por amargores pasados.

El tiempo urgía. Para lo que meditaba D. Paolo, corría más de prisa que su mano escribiendo y rasgando, apartando y distribuyendo papeles. Cuando hubo concluído, salió al patio con el sobre grande. Mensajero de la muerte, no temblaba el sobre en su mano. Parecía extraviado don Paolo, en su labor de impulsivo que sólo ve el fin resuelto. Con agitación y apuro anheloso, buscó al obrero de guardia. El obrero de guardia aquella noche era Pelitos, al que encontró en uno de los talleres, delante de una mesilla engolfado en sus di-

bujos, que sabido es que al hombre tiraba más el arte que el pasteleo.

Aunque el patrón no cubría su cabeza con la barométrica gorra de visera, esto mismo y su mirar sorprendió á Pelitos.

—¿Está Francesco? — preguntó Fiorrelli.

—No señor, salió á dar una vuelta.

—¿Con Carmelita?

—Sí señor, con Carmelita.

—¿No queda nadie en la fábrica?

—No señor, nadie.

—¿Seguramente?

—Nadie, señor.

—Toma esta carta y la llevas en seguida al señor Landín, calle de Entre-Ríos. Esperas la respuesta. Llévala con cuidado, que contiene dinero, mucho dinero.

—No haya cuidado, señor—contestó Pelitos, recibiendo el precioso sobre con gravedad.

Y durante el corto espacio que tardó en recoger su chaqueta y su sombrero, don Paolo le hostigaba con sus prisas extrañas.

—Anda, hijo mío, que es urgente...  
Anda, anda.

Con él atravesó el patio, empujándole casi y en el portal le estrechó la mano, aquella mano de obrero, noble compañera suya en el trabajo de tantos años.

—Anda, hijo, anda—repetía D. Paolo.

Volvíase Pelitos sorprendido, y vió que cerraba el portalón y oyó que echaba por dentro la barra de seguridad...

¿Nadie en la fábrica? Tenía que averiguarlo D. Paolo. Como había alejado á Marieta, á Enriqueta y á Pelitos, debía alejar á todo sér inocente de la culpa de los otros. Implacable juez, no admitía su conciencia que la cuenta de los pecadores la pagaran inocentes. Y buscó en cada taller, bajó á los hornos, por si algún obrero, contra la costumbre, permanecía en la fábrica... Nadie, nadie.

Subía de los hornos D. Paolo, cuando oyó mayar á Falucho. Era, sin duda, Falucho, el gato negro querido de todos, el más modesto de los obreros y el amigo

suyo que, en sus horas de preocupación, solía saltar sobre sus rodillas y distraerlo y acompañarlo. Lo cogió con mimo y diciéndole cosas que oídos humanos no merecían escuchar, lo llevó hasta el portal, abrió, para depositarlo en la acera, y, como á Pelitos, lo empujó, despidiéndolo:

—Anda, hijo mío, anda.

Corrió de nuevo la barra. ¡Nadie! ¡Solo ya! Dió un resoplido más fuerte, de alivio, de contento, feroz y en dos saltos cruzó el patio, entró en el secadero, y del escondido rincón de un estante retiró una lata de galletitas *Tecla*, tan pesada, que seguramente no eran pastas lo que contenía, como la *Tecla* de arriba engañaba con la bonita cara y tenía podrida el alma. Cargó con la susodicha lata D. Paolo, y, una vez de nuevo en el patio, vertió el contenido, petróleo puro, al pie de la ventana de los presos, y con petróleo roció las cuatro paredes macizas; luego, con la tranquilidad del que va á encender un cigarro, sacó una cerilla, la prendió y arrojóla sobre el

líquido... La primera llamita, verde, azul y rosa, culebrilla de fuego, se deslizó por el muro, llamó á otras más rojas, se mezcló á ellas, y en retorcido abrazo subieron varias, subieron muchas, crecieron, se multiplicaron, danzaron en torno del patio infernal zarabanda.

Otra vez cargó con el bidón D. Paolo, y en cada taller, en cada objeto, en cada ángulo, mientras quedó una gota de petróleo, fué vertiéndolo y encendiéndolo. Para que no quedaran de ellos, los miserables, ni el polvo de sus cenizas, y aquella fábrica, que creó de la nada, no pudiera servir jamás de pan y de albergue al *bambino* infame, que él cuidó y halagó con ternuras de padre. ¡Para que con él pereciera el familión nefasto, y todo acabara en un derrumbamiento formidable, sus amores y sus odios, sus trabajos y sus penas!

Las llamas rodeaban á D. Paolo; de todas partes brotaban voraces al conjuro de la cerilla incendiaria, azules, amarillas, rojas y verdes; le seguían sumisas, le acom-

pañaban alegres, y D. Paolo sonreía, por la primera vez de su triste vida sonreía, de placer neroniano, ante el espectáculo de su fábrica ardiendo, convertida en colosal brasero, en el que la gentuza de arriba se achicharraba gustosamente.

Sonreía D. Paolo, y de taller en taller iba invocando al fuego, dios terrible é inhumano, que, envuelto en negra nube, allí donde él lo llamaba acudía obediente. Así comenzó á arder el secadero y los hornos y el taller de embalaje, y ardió todo, desde un cabo hasta el otro, primero con llamitas tímidas á ras del suelo, luego con espantosas llamaradas que lamían los techos. Empujado por el humo, perseguido por el hálito ardiente del monstruo, tornó al patio D. Paolo, y vió cómo el patio entero era una hoguera, bañado en ígneo resplandor, y cómo allí arriba, en las ventanas, trepaban ya las culebrillas vengadoras, silbando. Crujían las maderas, estallaban los cristales, y una lluvia de chispas caía del cielo y se esparcía en redor.

Y vió también D. Paolo, asomadas á una de las ventanas, petrificadas por el terror, dilatados los ojos por el espanto y las bocas, las mismas bocas que hacía poco se fundían en un beso criminal, abiertas en angustioso grito de socorro, las dos cabezas de los culpables, Hugo y Tecla, que no podían escapar de la trampa en que habían caído, que no podían escapar, rodeados, sitiados, acorralados por el fuego invasor, como en el purgatorio las almas pecadoras. Les vió que hacia él tendían, suplicantes, los brazos, y alzarlos y retorcerlos desesperados, y oyó que lo llamaban, que lo solicitaban llorosos, con gritos ya de auxilio, ya de perdón.

En medio del patio, D. Paolo, indemne, porque allí el fuego no llegaría hasta el último momento, los miraba, sonriendo imperturbable. ¡Quemaros, tostaros, almas villanas! Él era el que lo había hecho, él, sí, sí, él, el incendiario, que así se vengaba de vuestra ingratitud y de vuestra infamia. ¿Qué daño os causó? ¿Por qué le engañas-

teis? Morir, pues, como viles, de la más horrible muerte. Justo es que perezcan por el fuego quienes en el fuego del amor culpable se dejaron prender. ¡Qué placer, qué placer inefable veros así tostar lentamente y que gritáis, lloráis, suplicáis, y él, el ofendido, el vengador, no os escucha, no quiere escucharos, y se ríe de vuestras lágrimas y se mofa de vuestras muecas!

Los dos desdichados se quitaron de la ventana, y D. Paolo oyó que golpeaban en las puertas, que corrían buscando la salida, sin duda del lado del cuarto que fué de Parmenia, y que ellos mismos cerraron; pero aunque pasaran al cuarto de Parmenia, éste no tenía más salida que la del corredor, y la llave de la puerta del corredor, como todas las demás, D. Paolo cuidó de echarla y así, no por agrandar la trampa, menos cogidos estaban. Daban, pues, golpes y gritos los sin ventura, y á estos golpes y gritos contestaban otros tan recios, tan desesperados, verdaderos aullidos de lobo en su guarida, los de misia Gorgo-

nia en el fondo de la casa y por el corredor, único espacio libre que dejara la terrible premeditación de D. Paolo.

Del lado del corredor ella, y ellos de la parte de adentro forcejeaban despavoridos, y sus lamentos se mezclaban en un coro de alarma indecible, imponderable. Cansados de gritar y de golpear, volvían á la ventana Tecla y Hugo, en cuyo inflamado marco veía D. Paolo sus dos siluetas trágicas vestirse de resplandores, y en el duelo á muerte en que se hallaban pugnaban por arrojar al patio, y no se arrojaban, porque las llamas eran tan altas, que no les permitían acercarse siquiera, y el humo tan denso, que, al fin, no los vió más D. Paolo.

Pero, sí les oía, seguía oyéndoles en su pelea angustiada por la vida, y los alaridos de misia Gorgonia, junto con el tropel de fuera, el barrio entero que acudía y el escuadrón de bomberos y el rodar de las máquinas de agua salvadora. ¡Salvarse! ¿Lograrían salvarse los infames? ¿Se salvaría también la bruja? ¡Ah! no, antes subiría,

probaría á subir para atraparlos y arrojarlos dentro de la hoguera. En aquella caza, de gato tras el ratón, gozaría deliciosamente, y el refinamiento de su venganza sería mayor. ¡Qué gusto apoderarse del pícaro *bambino*, escondido en algún agujero, muertecito de susto! y ¡zás! sumergirlo entre las llamas y contemplar cómo desaparecía, miserable arista en un segundo devorada, y la otra y la vieja, todos tres arrastrados y pulverizados en un cerrar de ojos. ¡Salvarse! ¡Ah! no. ¡Salvarse ellos y morir él y quemarse hasta los cimientos su fábrica, su querida fábrica! ¿Sería esto justo? ¡Ah! no, ¡ah! no.

Fué por una escalera de mano D. Paolo. No les oía ya á los otros. Tal vez forzaron alguna puerta, ó los bomberos, los malditos asaltantes de casco reluciente, la forzaron y pusiéronles en salvo. Sabía D. Paolo que la tal escalera estaba en el mismo taller donde Pelitos dibujaba. Al entrar para darle el fúnebre recado, la vió arrimada á la pared. Era tan larga, que sin duda

alcanzaría al primer piso, y precisamente por el lado del reloj el incendio no cundía, y encima del reloj abría un ventanuco por el que fácilmente podía él colarse.

Pero, ¿estaría aún la escalera arrimada á la pared, respetada por el fuego? De todas suertes, para llegar hasta ella tenía que atravesar un torrente abrasador, y lo atravesó chamuscándose los pelos y la ropa... Creyó no poder llegar al taller, ahogado por el humo; caían sobre él los tizones encendidos, y él los apartaba con el pie ó con un movimiento de los hombros poderosos. El taller ardía como si fuera de cañas, y de la escalera toda la parte superior, enhiesta, sin embargo, todavía y ofreciéndole sus tramos para el intento justiciero que soñaba.

La cogió D. Paolo, apagó con las propias manos el extremo quemado, sin quemarse, cual si le asistiera extraño privilegio, y cargando con ella se escurrió ágilmente, y á duras penas pudo arribar al patio, entre el estruendo de las voces, de las

campanadas y de las mangas; la colocó junto al reloj, y vió que llegaba precisamente al ventanuco, y subió, comenzó á subir, de dos en dos tramos, primero; luego de uno en uno, porque por ambos extremos, por arriba y por abajo, la escalera empezó á arder, y al mismo tiempo por el ventanuco salieron rojizas lenguas amenazadoras, de misterioso dragón encargado de guardar á los culpables. Mas ni las lengüecillas que subían tras él, ni las que arriba le esperaban le arredraron, y continuó ascendiendo valerosamente, más resuelto que nunca, despreciador de la muerte.

Subía, pues, D. Paolo pisando los tramos ardiendo, y ya alcanzaba al ventanuco, cuando el chorro formidable de una manga casi lo derribó, y otros más de los muchos que desde los techos y en plateado haz lanzaban sobre el patio hicieron que tambaleara y obligáronle á agarrarse de la fantástica escalera, que si no se agarra cae y se desnua. Eran los bomberos, los del casco reluciente, dominadores ya de las al-

turas, salvadores quizás de los culpables.

De rabia, de convulsiva desesperación, se revolvió D. Paolo. Sobre él, encima del reloj, apareció danzando una cuerda, el cabo piadoso que le echaban, tal vez el mismo al que se asieron los otros para salvarse.

Con violenta negativa de la cabeza cólerica, lo rechazó D. Paolo, y abriendo los brazos dejóse caer entre las llamas cuyo furor él mismo había desatado, á tiempo que las paredes se derrumbaban y parecía hundirse en el abismo la fábrica entera.

## X

No hay mucho trecho de la calle de Centro-América á la de Entre-Ríos, si se atiende á la ubicación de ambas; pero si de la fábrica de Fiorelli ha de irse á casa del señor Landín, hay que andar sus buenas *cuadras*, por hallarse la una al final de la numeración y la otra al comienzo, y ser las dos calles supradichas de las más largas; que en la capital bonaerense todo es desmesurado y muestra alardes de grandeza.

Asimismo, con tener que recorrer camino tan dilatado, lo traspuso Pelitos sobre sus dos pies en menor tiempo, ó al menos (para que no parezca exageración de bulto) en igual tiempo que un automóvil; y el